

## SEMBLANZA DE NEHEMIAS A TRAVES DEL LIBRO DE SU NOMBRE

**N**O es fácil la tarea de hacer revivir a un personaje de la antigüedad del cual no se posean sino breves y escasas noticias. Es el caso de Nehemías, ilustre personalidad del antiguo pueblo de Israel y alma de la restauración postexílica, que floreció en la segunda mitad del siglo V a. C.

Sin embargo, basándonos en las pocas noticias que nos da el libro de su nombre (II de Esdras, según la Vulgata), intentaremos evocar su figura y trazar a grandes pinceladas el retrato de este hombre, que ya de antemano juzgamos singular.

¿Quién era Nehemías? Ante todo, no le confundamos con otro Nehemías que fué uno de los jefes "hijos de la provincia", que con Zorobabel aprovecharon el permiso de Ciro.

El Nehemías de quien nos ocupamos, dos veces gobernador de la provincia de Judea, restaurador de los muros de Jerusalén, reformador de las costumbres de la comunidad judía, parece ser un personaje de oscuro linaje, de familia poco ilustre y poco conocida. Sólo sabemos que era de Jerusalén, pues allí se encontraban las tumbas de sus antepasados (*Neh.* 2<sup>3-5</sup>), y que su padre se llamaba Helcías (1<sup>1</sup>); la humildad de su origen no le permite más larga genealogía.

Sin embargo, no recalquemos demasiado esta idea, como lo hace Vigouroux (*Dict. de la Bible*). El hecho de nombrarse únicamente como "hijo de Helcías" hace pensar que el tal Helcías era persona notable y de sobra conocida en la comunidad judía. Además, Nehemías llegó a

ocupar un puesto importante en la corte de Artajerjes, rey de Persia, lo cual habla muy alto en favor de su origen esclarecido, sobre todo si tenemos en cuenta algo muy afín que leemos en el libro de Daniel: "Dijo el rey a Aspenaz, jefe de sus eunucos, que trajese de los hijos de Israel, del linaje real y del de los príncipes, cuatro mozos en los cuales no hubiera tacha, de buen parecer, de talento, de entendimiento, y educados, capaces de servir en el palacio del rey, y a quienes se instruyese en las letras y la ciencia de los caldeos" (*Dan.* 1<sup>3-5</sup>).

Pero dejemos la cuestión de su prosapia, que nos interesa muy poco, para mostrar el alma y el espíritu de nuestro héroe. Las cualidades exigidas por Nabucodonosor en Daniel y sus compañeros para poder pertenecer al séquito cortesano, se nos antojan igualmente ser cualidades poseídas en alto grado por el copero del rey Artajerjes.

Nehemías es un hombre "sin tacha", como lo prueba la confianza que en él deposita el rey al hacerle su sirviente en los banquetes, el escanciador de su vino, cargo que además lleva consigo otros muchos cuidados y responsabilidades. El mismo Nehemías en su libro se manifiesta perfectamente íntegro, sin codicias ni bajezas, tan frecuentes en los hombres situados en posición elevada: "Antes de mí, los gobernadores anteriores abrumaban al pueblo... y sus servidores mismos le oprimían. Yo, por temor de Dios, no hice así" (5<sup>15</sup>).

Nehemías debía de ser también "de buen parecer", "todo un buen mozo" como Saúl. Nos le podemos representar de elevada y majestuosa estatura, constitución robusta, brazos musculosos, abundante cabellera, y barba larga y sedosa, que enmarcaban un rostro despejado, delator de un vivo ingenio, y en el cual resaltaban unos ojos claros que desde el primer momento se daban cuenta de todo, y una nariz fuerte y arqueada, índice de un carácter vigoroso y tenaz. Sin embargo su aspecto exterior no tenía nada de repulsivo ni infundía temor. Su amplia vestidura de judío, envolvía todo un caballero, de buena y agradable presencia, de finos modales, que atraieron las miradas del rey, el cual le puso a su servicio y sólo cediendo a sus instancias consistió en desprenderse de él, previa promesa de retorno.

Su talento y su entendimiento son dignos de ponderación. El capítulo segundo de su libro nos da cuenta de su penetración psicológica: Nehemías desea ir a Jerusalén, para reconstruir la ciudad, ciudad querida en el recuerdo y en el corazón de todo buen israelita. Necesita permiso del rey a quien sirve; ¿cómo hará? El vino y las viandas alegran los corazones; la mujer querida es dueña de la voluntad del amador.

Nehemías sabe estas cosas y aprovechará de uno y otro conocimiento: hablará al rey después de que se haya alegrado su alma, y apoyará su petición con la intervención de la reina. Su tacto exquisito procurará salir con su intento sin herir suspicacias, sin levantar sospechas. Nehemías no pide reconstruir la ciudad levantisca contra el poder de enemigos más poderosos, sino la ciudad sagrada, panteón de seres queridos, moradores del seol, y de los cuales nada ha de temer el poder dominador de Persia.

Por otra parte, su claro entendimiento no se dejará engañar por las astucias de sus enemigos, sino que sabrá descubrir las asechanzas y lazos que le tienden (6<sup>2-14</sup>).

Su amor por la cultura nos la revela el libro II de los Macabeos, al hacerle organizador de una biblioteca, tanto sagrada como profana: los libros de los reyes, los de los profetas, los de David, y las cartas de los reyes sobre las ofrendas, ocupaban un lugar decoroso en sus anaqueles (*II Mac.* 213). Asimismo la tradición, según enseña Josefo, ha querido hacerle poeta, pues le ha atribuído himnos y salmos, entre ellos el 131 (130 *Vulg.*).

Su cultura es babilónica; la misma cronología de su libro, que adopta el sistema de Babilonia, es un indicio no pequeño. Pero, ¿cómo había de ser su educación, si desde su infancia le tocó vivir las horas del exilio, fuera de la patria de sus padres? Providencia de Yavé. Moisés, escogido para caudillo del pueblo de Dios, recibe una educación esmerada en la corte del Faraón; Nehemías, preelegido para reformador y restaurador de Israel, es educado en la corte de uno de los pueblos más cultos de la tierra.

Y, ¡quién lo dijera! la prestancia física, las relevantes dotes intelectuales del varón, ocultan un alma sensible y tierna cual pocas. El sentimiento vivo por su patria distante y arruinada, el recuerdo de sus hermanos, habitantes todavía en la cautividad, y de sus padres sepultados en Jerusalén, le hacen derramar lágrimas, y permanecer triste y desolado durante muchos días (1<sup>2-5</sup>). Las necesidades de los pobres, que han de soportar una vida llena de miserias y afrenta, le tienen preocupado y reclaman su interés. La bondad y compasión de su corazón se manifiesta también en el cuidado que pone para que los grandes no aflijan a los humildes (5<sup>5-14</sup>) y en la hospitalidad que él mismo sabe procurar a los necesitados, con grande desinterés y caridad (5<sup>17-19</sup>).

Esta alma, sensible a las miserias de sus semejantes, no puede ser un alma vulgar. Veámosle desempeñando las funciones del gobierno, y ob-

servaremos en él que se halla en posesión de todas las cualidades que deben adornar al buen gobernante.

Su prudencia aparece desde su primer contacto con la provincia a que ha de gobernar. Investiga, inspecciona, forma su plan de trabajo sin ruido ni publicidad, para no dar ocasión a dificultades y obstáculos que puedan ofrecer los enemigos (2<sup>12</sup>ss.) y una vez formado su plan, toca ahora a su tesón, a su firmeza y constancia, el llevarlo a la práctica a pesar de las contradicciones que se opongan en su camino.

Más podemos decir: las burlas y la oposición de sus contrarios acrecen su decisión y tesonero empeño. No ha de cejar en su propósito, porque "el Dios de los cielos le hará salir con su empresa" (2<sup>20</sup>).

El mismo en persona es el primero en el trabajo, en la vigilancia, en el sacrificio. Su palabra ardorosa, que alienta y sostiene, y su ejemplo, su ejemplo sobre todo, que empuja y arrastra, prestan a su persona cualidades indispensables a los hombres de mando.

La previsión, hermana de la prudencia, le aconsejará que siempre vaya seguido de su trompeta, para dar rápidamente, en caso necesario, las órdenes oportunas; la distribución que hace del trabajo de sus hombres, nos le presenta como inteligente organizador; las providencias que toma para la defensa común, le aquilatan de hábil general; sus arengas enardecidas y animosas, le delatan como valiente soldado.

Pero más que nunca nos cautiva como caudillo en la política de la paz. No se ha propuesto únicamente la reconstrucción material de las murallas y de la ciudad; su empeño mayor está en la reorganización religiosa y social de su pequeña grey; y en este empeño desplegará una energía indomable y una valentía sin igual.

La ley de Yavé será la ley sobre la que se sostenga su pueblo; su infracción, atentado contra Yavé, es, por lo mismo, un atentado contra la misma existencia del pueblo, y por eso debe reprimirse con los medios más enérgicos y eficaces:

—¿No fueron las mujeres extranjeras las que pervirtieron el corazón de Salomón? Pues en adelante nadie dará su hija al extranjero, ni buscará extranjera para su hijo (13<sup>26</sup>).

—¿No fueron los hijos de Amón y los hijos de Moab los que intriguaron contra Israel y por el perverso consejo de Balam hicieron pecar a los israelitas atrayendo la ira de Yavé? Pues excluidos sean los extranjeros, de la congregación de Dios (13<sup>1-3</sup>).

—Asimismo recibirán diezmos los levitas, para que no anden pere-

grínos como en los días de los jueces, y surja de nuevo en Israel la abominación cismática de Dan (13<sup>10-12</sup>).

—Tampoco dejarán de ofrecerse holocaustos y sacrificios al buen Dios de Israel, que guarda su existencia, y por esto todos contribuirán a su culto (10<sup>33-35</sup>).

—Los sábados no serán profanados comprando, vendiendo y trabajando; las deudas serán remitidas en el año sabático; y la tierra descansará en ese año porque lo manda Yavé (10<sup>32</sup>).

Y si el aguijón de la reprimenda por los abusos no da el resultado apetecido, el celo enérgico de Nehemías, no ha de parar hasta golpear y arrancar los pelos a los recalitrantes (13<sup>25</sup>).

El mismo celo desplegado en la renovación de la alianza con Yavé, es desplegado por Nehemías en la represión de la injusticia social de los grandes. Helo ahí, erguirse enojado, y reprender con enérgica palabra el abuso de su poder y la explotación del pobre; exigir luego juramento de fidelidad a lo prometido, y proferir, con gesto expresivo y vehemente palabra, maldición contra quien falte a su sagrado compromiso: “Que así sacuda Dios fuera de esta casa y de sus bienes al que no cumpla su palabra, y que así sea, el que tal haga, sacudido y vacío” (5<sup>13</sup>).

La prestancia exterior de Nehemías, sus cualidades intelectuales y morales, contribuyeron sin duda a hacer que su persona fuese respetada, y sus órdenes, por lo general, cumplidas. Pero a esas grandes y eminentes dotes unía Nehemías el auxilio de Dios, cuya ayuda solicita con reiterada frecuencia, y en el cual pone toda su confianza.

Así, Nehemías junta a su virilidad y energía, la más tierna compasión y el corazón más afectivo; a su esmerada educación, unas dotes prácticas de gobierno y administración; a su actividad exterior, una vida continua de oración, amor a Dios y dedicación a su servicio; restaurador material de Jerusalén, es además, y principalmente, su más sólido fundamento espiritual.

Nehemías, hombre completo, mereció la alabanza de Dios por boca del sagrado escritor del Eclesiástico, y merece la alabanza de los hombres, que miran su retrato físico y moral con profunda simpatía y como un modelo digno de imitación.

*A. J. P. M.*